

Abuelos, hijos y nietos

No perdamos ocasión también para que nietos, hijos y abuelos compartan entre todos ellos tiempo libre y descanso, juegos y conversaciones

Por: Emilio Aviés Cutillas | Fuente: www.educaresfacil.com



Cuando tenemos más días de descanso aumentan las ocasiones de trato con familiares y especialmente entre abuelos, hijos y nietos. La calidad de esta convivencia intergeneracional será una buena muestra de cómo estamos construyendo un mundo mejor para los que, tarde o temprano, nos van a relevar en esta vida.

Seguro que estaremos de acuerdo en que nunca será suficiente una relación “de mínimos” entre abuelos, hijos y nietos. Y es que tenemos el sentido común para entender la equidad como la perfección de lo igual. Es una forma de mejorar o asegurar lo justo formulado por las leyes.

Recordemos que en una sociedad verdaderamente justa, los principios de equidad e igualdad no se anulan uno al otro. Ambos se aplican porque son interdependientes: ninguno es suficiente sin el otro. En una sociedad de iguales donde no hay equidad, habrá una igualdad restringida porque todos somos diferentes desde el punto de vista biológico, social y cultural, y necesitamos cosas distintas en tiempos distintos. De ahí que no en todas las circunstancias la equidad entre generaciones se manifiesta de la misma manera.

Tenemos claro que lo que se pasa de abuelos a hijos y de éstos a nietos no es una mera acumulación de conocimientos o bienes. Es, intentemos que sea, además, una transmisión de valores, una dinámica de mejora integral de la persona y su entorno. Este incremento debería generar una extensión de “vida buena” en todos los ámbitos de las relaciones humanas: política, educación, economía, ciencias, ecología, etc.

Considero que la mejora de la generación siguiente tiene mucho que ver con la cohesión familiar, ya que es la familia medio eficazísimo de atención desigual, y desiguales somos las personas. Así, ocurre que la riqueza global que se transmite, queda asegurada por el vínculo estrecho y sincero entre una generación y otra.

Vemos evidente la necesidad de más trato, más convivencia entre padres e hijos. Pero no perdamos ocasión también para que nietos, hijos y abuelos compartan entre todos ellos tiempo libre y descanso, juegos y conversaciones que, aunque sean “batallitas”, correcciones o pequeñeces de unos u otros, alimentarán una estima y comunicación valiosísimas para el futuro de todos.

La prudencia, experiencia vital, comprensión y ternura -contra toda adversidad o desánimo- que muestran muchas abuelas y abuelos, pueden compensar de manera extraordinaria las tensiones y precipitaciones de los adultos, pues a veces nos vemos condicionados por la “urgencia” del momento o la falta de perspectiva vital.

En todo caso, abuelos y padres acordarán los medios para evitar desautorizaciones hacia éstos últimos, y también para superar la excesiva protección de los más mayores sobre los nietos.

La fragilidad, limitaciones y necesidades extraordinarias de la ancianidad pueden resultar una auténtica carga. Pero no es la persona anciana en sí una carga, sino sus circunstancias de edad o enfermedad. Por ello, la familia puede y debe unirse y reunirse en torno a los ancianos, sean más o menos capaces, como también se solidariza con un enfermo de 20, 30 ó 40 años.

Además, reconozcamos la importancia que tiene para los niños el hecho de poder situarse, en el tiempo, respecto a sus ascendentes, saber de primera mano experiencias antiguas y fascinantes, conocer sus raíces.

Seguro que podemos construir un diálogo más comprensivo y fluido. Convertiremos el conflicto que pueda aparecer en cooperación. Niños, jóvenes, adultos y ancianos, nos sabremos miembros de un maravilloso equipo que extiende su siembra de felicidad –con dificultades, por supuesto- a lo largo de la historia humana, generación tras generación.

Elogio de la vejez

Este verano he podido ver una misteriosa sintonía entre los más jóvenes, chicos y chicas que no llegaban a los 14 años, y los más viejos

Por: Emilio Avilés Cutillas | Fuente: elconfidencialdigital.com



Este verano he podido ver una misteriosa sintonía entre los más jóvenes, chicos y chicas que no llegaban a los 14 años, y los más viejos. Entre muchas conversaciones con gente joven, dinámica y con fenomenales proyectos por delante, también he podido disfrutar este verano de tiempos de entrañable convivencia con personas ya entradas en años, jubilados o prejubilados de muy sencillo plan de vida y generosísimos con su tiempo libre; y he podido tratar a ancianos muy ancianos, de conversación sabia y prudente, que lo han dado todo pero que no quieren figurar.

Aprendí del trato entre amigos y vecinos casi octogenarios, de su buena compañía en las aficiones, de sus silencios expresivos, o de cómo "pegar la hebra". También aprendí de algunos esposos, con ya superadas las bodas de oro, que compartían paciencia y dulzura, apasionados por la hermosura de lo cotidiano. En unos casos, residentes en elegantes capitales autonómicas; en otros, de pujantes ciudades o de pequeñas aldeas de montes lejanos.

En todos me maravilló la paz de su ir expresando la vida a puro cariño. Bien es verdad que, a veces, con ciertos recelos de lo moderno y con comprensibles perezas por el cuerpo que no acompaña. Pero, también en ocasiones mostraron adolescente rubor al verse homenajeados, o energía de joven y fuerte ejecutivo al decir cómo han de ser y hacerse las cosas.

Incluso, admirado, he podido ver una misteriosa sintonía entre los más jóvenes, chicos y chicas que no llegaban a los 14 años, y los más viejos: Complicidad de quienes empiezan a saber y de quienes ya lo han visto casi todo.

Releí entonces aquello de Jorge Luis Borges, en su poesía "Elogio de la sombra":

La vejez (tal es el nombre que los otros le dan)
puede ser el tiempo de nuestra dicha.
El animal ha muerto o casi ha muerto.
Quedan el hombre y su alma.

Pues ahora, que quizás con más paz deseemos organizar bien las prioridades del

próximo curso, vale la pena pensar en cómo cuidamos de nuestros mayores, en cómo les dedicamos algo del tiempo precioso que la vorágine de nuestras tareas nos hace tacañear. Esa finura y disponibilidad van a ser síntoma de verdadero desarrollo. Nuestros desvelos por los ancianos y menos favorecidos van a mostrar el verdadero rostro de las sociedades que estamos construyendo.

Seguro que algo más podemos hacer cada uno de nosotros. Esta finura será ejemplo necesario para los más pequeños y tarea permanente para todos. Seguro que veremos la manera de rectificar egoísmos y fundir generaciones en un mismo querer, con pequeños detalles que son un beneficio para todos. No olvidemos que lo que más moviliza y cohesiona a un país –también a una familia– es compartir obligaciones y responsabilidades.

Y acaba así ese poema, un Borges entonces ya longevo:

Llego a mi centro,
a mi álgebra y mi clave
a mi espejo.
Pronto sabré quién soy.

Palabras del insigne poeta que nos estimularán a desvivirnos por atender las necesidades materiales y morales de la gente más anciana; a estar a su lado en el ocaso de su vida en este mundo; a ayudarles a llevar con más ánimo y esperanza las dificultades de la vejez.

Emilio Avilés Cutillas Avilés es especialista en educación familiar

Divorciados en nueva unión no están excomulgados, no hay que tratarlos así

Cómo cuidar a aquellos que, después del irreversible fracaso de su vínculo matrimonial, han comenzado una nueva unión

Catequesis del Papa Francisco sobre la familia:
los divorciados vueltos a casar. 5 de agosto de 2015

Por: S.S. Papa Francisco | Fuente: es.radiovaticana.va



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con esta catequesis retomamos nuestra reflexión sobre la familia. Después de haber hablado, la última vez, de las familias heridas a causa de la incompreensión de los cónyuges, hoy quisiera detener nuestra atención sobre otra realidad: cómo cuidar a aquellos que, después del irreversible fracaso de su vínculo matrimonial, han comenzado una nueva unión.

La Iglesia sabe bien que una situación tal contradice el Sacramento cristiano. De todos modos, su mirada de maestra viene siempre de un corazón de madre; un corazón que, animado por el Espíritu Santo, busca siempre el bien y la salvación de las personas. He aquí porqué siente el deber, "por amor a la verdad", de "discernir bien las situaciones". Así se expresaba san Juan Pablo II, en la Exhortación apostólica Familiaris Consortio (n. 84), dando como ejemplo la diferencia entre quien ha sufrido la separación y quien la ha provocado. Se debe hacer este discernimiento.

Si luego miramos también estos nuevos lazos con los ojos de los hijos pequeños, los pequeños miran, de los niños, vemos aún más la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades una acogida real hacia las personas que viven tales situaciones. Por esto, es importante que el estilo de la comunidad, su lenguaje, sus actitudes, estén siempre atentos a las personas, a partir de los pequeños, ellos son quienes más sufren estas situaciones. Después de todo, ¿cómo podríamos aconsejar a estos padres hacer de todo para educar a los hijos a la vida cristiana, dando ellos el ejemplo de una fe convencida y practicada, si los tenemos alejados de la vida de la comunidad como si fueran [excomulgados](#)? No se deben agregar otros pesos a aquellos que ya los hijos, en estas situaciones, iya deben cargar! Lamentablemente, el número de estos niños y jóvenes es de verdad grande. Es importante que ellos sientan a la Iglesia como madre atenta a todos, dispuesta siempre a la escucha y al encuentro.

En estas décadas, en verdad, la Iglesia no ha sido ni insensible ni perezosa. Gracias a la profundización realizada por los Pastores, guiada y confirmada por mis Predecesores, ha crecido mucho la conciencia de que es necesaria una fraterna y atenta acogida, en el amor y en la verdad, a los bautizados que han establecido una nueva convivencia después del fracaso del matrimonio sacramental; en efecto, estas personas no son en efecto excomulgadas, no están excomulgados, y no van absolutamente tratadas como tales: ellas forman parte siempre de la Iglesia.

Papa Benedicto XVI ha intervenido sobre esta cuestión, solicitando un discernimiento atento y un sabio acompañamiento pastoral, sabiendo que no existen "recetas simples" (Discurso al VII Encuentro Mundial de las Familias, Milán, 2 junio 2012, respuesta n. 5).

De ahí la reiterada invitación de los Pastores a manifestar abiertamente y coherentemente la disponibilidad de la comunidad a acogerlos y a animarlos, para que vivan y desarrollen cada vez más su pertenencia a Cristo y a la Iglesia con la oración, con la escucha de la Palabra de Dios, con la frecuencia a la liturgia, con la educación cristiana de los hijos, con la caridad y el servicio a los pobres, con el compromiso por la justicia y la paz.

El ícono bíblico del Buen Pastor (Jn 10, 11-18) resume la misión que Jesús ha recibido del Padre: la de dar la vida por las ovejas. Tal actitud es un modelo también para la Iglesia, que acoge a sus hijos como una madre que dona su vida por ellos. "La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre [...] Ninguna puerta cerrada. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad. La Iglesia [...] es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas" (Exort. ap. Evangelii Gaudium, n. 47).

Del mismo modo todos los cristianos están llamados a imitar al Buen Pastor. Sobre todo las familias cristianas pueden colaborar con Él cuidando a las familias heridas, acompañándolas en la vida de fe de la comunidad. Cada uno haga su parte asumiendo la actitud del Buen Pastor, que conoce cada una de sus ovejas y a ninguna excluye de su infinito amor! Gracias.

Enamoramiento: sentimientos y pasiones

Uno de los errores más frecuentes sobre el amor consiste en pensar que éste es sobre todo un sentimiento y que ésta es la dimensión clave del mismo

Fuente: ForumLibertas



Apoyado en un enriquecedor trabajo del psiquiatra Enrique Rojas, en la web del Opus Dei, he diseñado este artículo, para tratar un tema tan apasionante como es el enamoramiento. Gracias Enrique por poder utilizar la mano mágica de tu amplia y especial sabiduría. Comienzo:

Los sentimientos son el modo más frecuente como experimentamos la vida afectiva. No existen sentimientos neutros. Todos los sentimientos tienen dos caras contrapuestas:

- Amor - desamor.
- Alegría – tristeza.
- Felicidad – infortunio.
- Paz - ansiedad.

El enamoramiento es un sentimiento positivo de atracción que se produce hacia otra persona y que hace que se la busque con insistencia. El enamoramiento es un hecho universal y de gran importancia:

- “Pues de ahí arrancará el amor, que dará lugar nada más y nada menos que a la constitución de una familia”.

Para enamorarse de alguien tienen que producirse una serie de condiciones previas que poseen un enorme relieve:

- La primera es la admiración.
- La segunda es la atracción.

La admiración puede darse por diversos hechos:

- Por la coherencia de su vida.
- Por su espíritu de trabajo.
- Por las dificultades que ha sabido superar.
- Por su capacidad de comprensión.
- Y un largo etcétera.

La atracción, que:

- En el hombre es más física.
- Y en la mujer más psicológica.

Hay dos modalidades, por tanto, de atracción, que son la belleza exterior, por un lado, y la belleza interior, por otro:

- “La primera se refiere a una cierta armonía que se refleja especialmente en la cara y en todo lo que ella representa; todo el cuerpo depende de la cara, ella es programática, anuncia la vida que esa persona lleva por dentro. Y luego está el cuerpo como totalidad. Ambos aspectos forman un binomio”.

· “La segunda, la belleza interior, hay que descubrirla al conocer al otro, y consiste en ir adivinando las cualidades que tiene y que están sumergidas, escondidas en su sótano y que es menester ir captando gradualmente:

o Sinceridad, ejemplaridad, valores humanos sólidos, sentido espiritual de la vida, etc.

Y esa atracción, que hemos mencionado, conlleva un cambio de la conducta:

· “El pensar mucho en esa persona, o dicho de otro modo, tenerla en la cabeza”.

El espacio mental se ve invadido por esa figura que una y otra vez preside los pensamientos. Y vienen a continuación dos notas que me parecen especialmente interesantes:

· El tiempo psicológico se vuelve rápido, lo que significa que se goza tanto con su presencia que el tiempo vuela, todo va demasiado deprisa:

o Se está a gusto con él/ella y se saborea esa presencia.

· Y llega después la necesidad de compartir...

· Que acaba en la necesidad de emprender un proyecto de vida en común.

La secuencia puede no ser siempre lineal, aunque con los matices que se quiera; todo ello se hace presente de un modo u otro:

· Admiración.

· Atracción física y psicológica.

· Tener hipotecada la cabeza.

· El tiempo subjetivo corre en positivo.

· Y se quiere compartir todo con dicha persona.

Pero aún no se han revelado en ese itinerario afectivo lo que llamo los síntomas esenciales del enamoramiento, aquellos que son raíz y fundamento de todo lo que vendrá después, y que consiste en decirle a alguien:

· No entiendo la vida sin ti.

· Mi vida no tiene sentido sin que tú estés a mi lado.

· Tú eres parte esencial de mi proyecto de vida.

· En términos más rotundos: te necesito.

Esa persona se vuelve imprescindible. Enamorarse es la forma más sublime del amor natural.

· Es crear una “mitología” privada con alguien.

· Es descubrir que se ha encontrado a la persona adecuada con quien caminar juntos por la vida.

· Es como una revelación súbita que ilumina toda la existencia.

· Se trata de un encuentro singular entre un hombre y una mujer que se detienen el uno frente al otro.

· En ese pararse emerge la idea central: compartir la vida, con todo lo que eso significa.

Pero, ¿qué entendemos por “amor”?, se pregunta el Papa Francisco:

· ¿Sólo un sentimiento, una condición psicofísica? Ciertamente, si es así, no se puede construir encima nada sólido.

· Pero si el amor es una relación, entonces es una realidad que crece y también podemos decir, a modo de ejemplo, que se construye como una casa.

· Y la casa se edifica en compañía. ¡No solos!

· Construídla:

o “Sobre la roca del amor verdadero, el amor que viene de Dios”.

Uno de los errores más frecuentes sobre el amor consiste en pensar que éste es sobre todo un sentimiento y que ésta es la dimensión clave del mismo. Se ha dicho, igualmente, que los sentimientos:

· Van y vienen, se mueven, oscilan, están sujetos a muchos avatares a lo largo de la vida.

Este fallo conceptual ha recorrido casi todo el siglo XX.

Y nos dice Benedicto XVI:

· “El paso del enamoramiento al noviazgo y luego al matrimonio exige diferentes decisiones, experiencias interiores. (...)”

· “Es decir, el enamoramiento debe hacerse verdadero amor, implicando la voluntad y la razón en un camino de purificación, de mayor hondura, que es el noviazgo, de modo que todo el hombre, con todas sus capacidades, con el discernimiento de la razón y la fuerza de voluntad, dice realmente: ‘Sí, esta es mi vida’”.

Y nos dice Enrique: Pero para concretar más los hechos que quiero desmenuzar, voy a las Normas del Ritual Romano del Matrimonio, en el que se realizan tres preguntas de enorme importancia:

- ¿Quieres a esta persona...?
- ¿Estáis decididos a...?
- ¿Estáis dispuestos a...?

Voy a detenerme en estas tres cuestiones.

Porque de ahí arranca el verdadero tríptico del amor. Lo que constituye el fin y como el culmen del enamoramiento. Cada una de ellas nos remite en una dirección bien precisa, veámoslo:

La primera, utiliza la expresión: ¿Quieres...?

· “Y hay que decir que querer es sobre todo un acto de la voluntad. Dicho de otro modo: en el amor maduro la voluntad se pone en primer plano, y no es otra cosa que la determinación de trabajar el amor elegido. La voluntad actúa como un estilete que busca corregir, pulir, limar y cortar las aristas y partes negativas de la conducta, sobre todo, aquellas que afectan a una sana convivencia. Va a lo concreto. Por eso, la voluntad ha de representar un papel estelar, sabiendo además hacerla funcionar con alegría. Esto lo saben bien los matrimonios que llevan muchos años de vida en común, con una relación estable y positiva”.

La segunda pregunta utiliza la expresión: ¿Estáis decididos? ...

· “La palabra decisión remite a un juicio, que no es otra cosa que un acto de la inteligencia. La inteligencia debe actuar antes y durante. A priori, sabiendo elegir la persona más adecuada. El juicio ha de ser capaz de discernir si esa es la mejor de las personas que uno ha conocido, y la más apropiada para embarcarse con ella toda la vida. Es la lucidez de tener los cinco sentidos bien despiertos. Por eso, inteligencia es saber distinguir lo accesorio de lo fundamental; es capacidad de síntesis. Inteligencia es saber captar la realidad en su complejidad y en sus conexiones. Y debe actuar también a posteriori, utilizando los instrumentos de la razón para llevar con arte y oficio a la otra persona. Ese saber llevar está repleto de lo que actualmente se llama inteligencia emocional, que es la cualidad para mezclar, ensamblar y reunir a la vez inteligencia y afectividad: capacidad imprescindible para establecer una convivencia armónica, equilibrada, y feliz, en definitiva”.

El tercer ingrediente del amor de la pareja, aunque lo hemos mencionado al principio, son los sentimientos. La siguiente pregunta que se hace en el Rito del matrimonio es: ¿Estáis dispuestos?...

· “La disposición es un estado de ánimo mediante el cual nos disponemos para hacer algo. En sentido estricto esto depende de la afectividad, que está formada por un conjunto de fenómenos de naturaleza subjetiva que mueven la conducta. Y como ya hemos comentado, se expresan de forma habitual a través de los sentimientos”.

· **Para vivir la afectividad existen cuatro modos:**

- Sentimientos, emociones, pasiones y motivaciones. Cada uno ofrece una mirada distinta.

- Los sentimientos constituyen la vida regia de la afectividad, el modo más frecuente de vivirla.
- Las emociones son estados más breves e intensos, que además se acompañan de manifestaciones somáticas: alegría desbordante, llanto, pellizco gástrico, dificultad respiratoria, opresión precordial, etc.
- Las pasiones presentan una mayor intensidad y tienden a nublar el entendimiento o a desdibujar la acción de la inteligencia y sus recursos.
- Y, finalmente, las motivaciones, cuyo palabra procede del latín motus: lo que mueve, lo que empuja a realizar algo; son el fin, y también, por tanto, el motor del comportamiento, el porqué de hacer esto y no aquello.

Entre las cuatro existen estrechas relaciones. ¿Qué quiere decir esto, y cuáles son las características que aquí deben darse?:

· “Las personas, hombre y mujer, deben casarse cuando estén profundamente enamorados uno de otra. No se trata de sentirse atraído sin más o que le guste o le llame la atención. Tiene que ser mucho más que eso”.

· ¿Por qué? Porque se trata de la opción fundamental. No hay otra decisión tan importante y que marque tanto la existencia, se trata nada más y nada menos de la persona que va a recorrer el itinerario biográfico a nuestro lado”.

Se han visto muchos fracasos en personas que se casaron sin estar enamorados de verdad, y se casaron:

- Porque llevaban años saliendo de novios.
- Porque tocaba casarse.
- Porque muchas de las amistades más cercanas ya estaban casadas.
- Por no quedarse soltera/o.

Y así podríamos dar otras respuestas inadecuadas. Si ese matrimonio arranca ya con unas premisas poco sólidas..., amores que nacen más o menos con materiales de derribo y que, antes o después, tienen mal pronóstico. El amor conyugal debe estar vertebrado de estas tres notas:

- Sentimiento.
- Voluntad.
- Inteligencia.

Tríptico fuerte, consistente. Cada uno con su propio ámbito, que a la vez se cuele en la geografía del otro.

· “Es una alianza por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de vida, ordenando al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole”

En otras páginas del **Catecismo** se define el amor entre un hombre y una mujer como:

· “*Humano, total, fiel y fecundo*”.

De este modo se aspira a alcanzar una íntima comunidad de vida y amor, pues se trata de un vínculo sagrado, que no puede depender del arbitrio humano, porque está arraigado en el sentido sobrenatural de la vida, teniendo a Dios por su principal artífice.

Estás enfermo. ¿Te gustaría morirte?

Marcos 1, 29-39. Tiempo Ordinario. ¡Qué alegría saber que Cristo puede curar todo tipo de enfermedades!

Por: P. Sergio A. Córdova LC | Fuente: Catholic.net



Del santo Evangelio según san Marcos 1, 29-39

Cuando salió de la sinagoga se fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre; y le hablan de ella. Se acercó y, tomándola de la mano, la levantó. La fiebre la dejó y ella se puso a servirles. Al atardecer, a la puesta del sol, le trajeron todos los enfermos y demoniados; la ciudad entera estaba agolpada a la puerta. Jesús curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios. Y no dejaba hablar a los demonios, pues le conocían. De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración. Simón y sus compañeros fueron en su busca; al encontrarle, le dicen: «Todos te buscan.» El les dice: «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique el Evangelio, pues para eso he venido.» Y recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando a los demonios.

Oración introductoria

Yo también te estoy buscando Señor. Te amo y confío en Ti porque sé que lo único que quieres es que sea feliz, aquí, ahora y en la eternidad.

Petición

Señor, ayúdame a salir de mi pasividad para ver, y hacer algo, por ayudar las necesidades de los demás.

Meditación del Papa Francisco

Los pobres son también maestros privilegiados de nuestro conocimiento de Dios; su fragilidad y sencillez ponen al descubierto nuestros egoísmos, nuestras falsas certezas, nuestras pretensiones de autosuficiencia y nos guían a la experiencia de la cercanía y de la ternura de Dios, para recibir en nuestra vida su amor, la misericordia del Padre que, con discreción y paciente confianza, cuida de nosotros, de todos nosotros.

Desde este lugar de acogida, de encuentro y de servicio, quisiera que surgiera una pregunta para todos, para todas las personas que viven aquí en la diócesis de Roma: ¿Me inclino sobre quien está en problemas, o tengo miedo de ensuciarme las manos? ¿Estoy encerrado en mí mismo, en mis cosas, o me perco de los que necesitan ayuda? ¿Me sirvo solo a mí mismo, o sé servir a los demás como Cristo, que vino a servir hasta dar su vida? ¿Miro a los ojos de los que buscan la justicia, o dirijo la mirada hacia el otro lado? ¿Acaso para no mirar a los ojos?» (S.S. Francisco, mensaje del 10 de septiembre de 2013).

Reflexión

Yo creo que todos nos hemos encontrado en más de una ocasión con alguna persona enferma que no acepta su enfermedad o su condición de enfermo. Y me parece a mí que

éstos son los casos más difíciles de tratar, precisamente porque no se quieren tratar ni dejan que los demás se preocupen por ellos. Se consideran sanos y dicen que no necesitan de nada. Y, sin embargo, el primer requisito para que alguien se cure es que reconozca su enfermedad y, consecuentemente, que quiera curarse.

Pero existen muchos tipos de enfermedades. Y las físicas no son precisamente las más graves. Mucho peores son las enfermedades emocionales, morales y espirituales. Y lo más grave del problema es que nos resulta más difícil aceptar estas segundas.

En una ocasión, mientras comía a la mesa de Mateo, junto con un grupo de publicanos y pecadores, Jesús dijo que "no eran los sanos quienes tenían necesidad de médico, sino los enfermos; y que Él no había venido a llamar a los justos, sino a los pecadores". Pero lo curioso es que nosotros no queremos ser considerados como tales, ni como los primeros ni como los segundos. Pero, ¿nos damos cuenta de que la primera condición para acercarnos a Jesús es, precisamente, aceptar nuestras enfermedades y dolencias, sean éstas físicas o espirituales?

El Evangelio de este domingo nos dice que "al anoecer, cuando se puso el sol, le llevaron a Jesús todos los enfermos y poseídos", y Él los curó a todos y expulsó muchos demonios. ¡Qué maravilla! ¡Qué alegría saber que Cristo puede curar todo tipo de enfermedades y expulsar a toda clase de demonios juntos! Pero, ¿de qué nos sirve saber eso si nosotros no queremos considerarnos enfermos o poseídos? Y por eso no nos acercamos a Jesús. Pues, ¡tontos de nosotros! Teniendo la salvación tan a la mano, no nos curamos de nuestras miserias por falta de humildad. Y la verdad es que aceptarse enfermo -sobre todo del alma- requiere una gran dosis de humildad y de aceptación personal, porque exige reconocer la propia debilidad, flaqueza y su necesidad de los demás. Así, pues, la primera condición para mejorar es reconocer que estamos enfermos.

Un escritor contemporáneo así describe su propia experiencia: "te cae encima una enfermedad y, de un día para otro, debes aceptar la inactividad -aunque sea breve-, y el sufrimiento -aunque sea limitado-, e incluso la posibilidad de la muerte -aunque parezca todavía lejana-. Te conviertes en un objeto más que en un sujeto; en una cosa administrada por los demás; en un paciente, aunque a veces tengas muy poco de paciente. Y entonces comienzas -si antes no lo has hecho nunca- a examinarte a fondo, tal vez incluso sin saberlo, desde la perspectiva de Dios".

¿Cuáles son nuestras enfermedades personales? Si éstas son físicas, Jesús tiene el poder de curarlas definitivamente, porque Él es el Señor de la vida. Y si son espirituales, Él es el Hijo de Dios, y es capaz de expulsar cualquier tipo de demonios del alma. Y si son emocionales, Él ya ha vencido con su cruz todo dolor y sufrimiento humano, y se ha convertido en la fuente de nuestra verdadera paz. Si nuestra enfermedad se llama "depresión", Él es el remedio seguro de nuestras tristezas y abatimientos, porque en su Getsemaní ya pagó el precio de todas nuestras angustias. Y si tenemos un demonio llamado "orgullo", aprendamos de Él, que es manso y humilde de corazón. Y si tenemos una duda de muerte, Él ya venció todas nuestras tinieblas con su luz y su gloriosa resurrección. En una palabra, ¡Él es infinitamente poderoso, es el Dios omnipotente, y es capaz de remediar todas nuestras miserias!

Propósito

Reconocer nuestra enfermedad y acercarnos a Él con humildad y confianza. ¡Él nos curará de todas nuestras dolencias físicas o espirituales!